

EL TRABAJO

tan general, la diferencia entre hombres y mujeres, en lo que se refiere a sus respectivos campos de actividad, es muy marcada; mientras los hombres ocupan la mayoría de los puestos «activos», las mujeres se encuadran en su mayoría en el grupo de «sus labores».

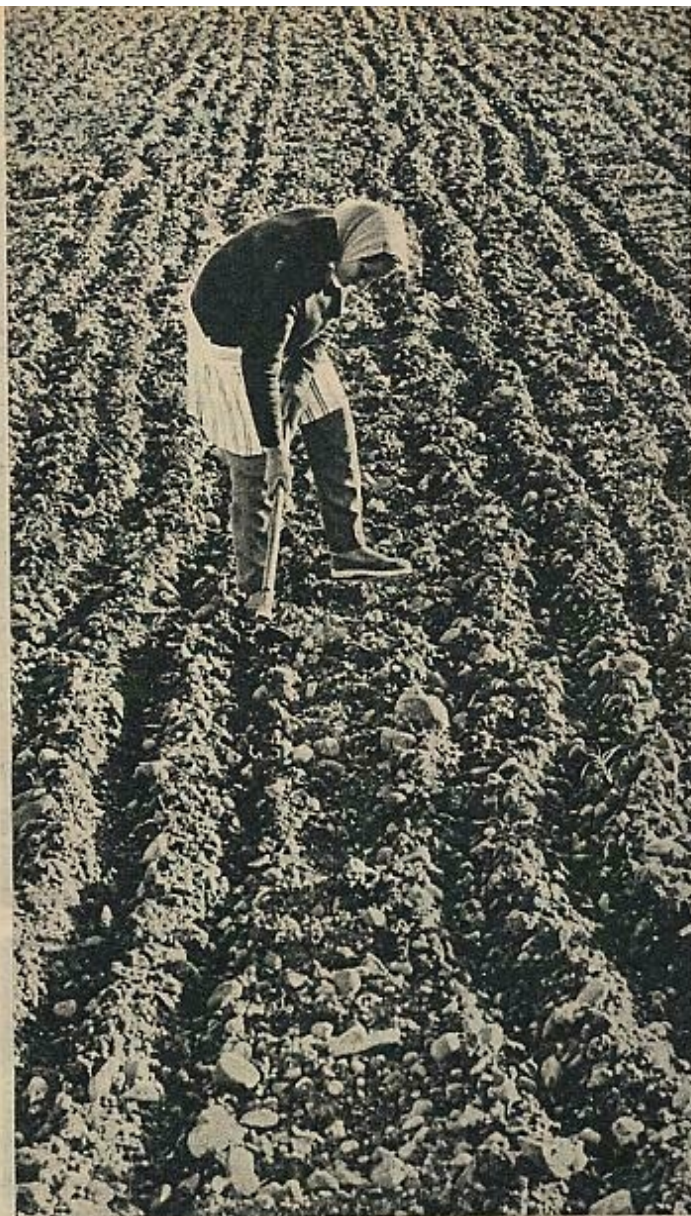
bución entre hombres y mujeres, según los distintos tipos de enseñanza (cuadro núm. 3), nos encontramos que:

- Inicialmente, el número de niños y niñas que se incorporan a la enseñanza es muy similar.
- Progresivamente, las niñas van abandonando los estudios hasta el punto de que a nivel de Bachillerato general y Bachillerato técnico (titulación preparatoria para poder seguir estudios profesionales o superiores, o índice de una cultura general más o menos completa), la diferencia entre el tanto por ciento de hombres y el de mujeres es superior que en primaria, aunque mucho menor que la que se produce posteriormente.
- A nivel de formación profesional de primer grado, el tanto por

Distribución de la población

Analizando detenidamente la distribución de la población activa vemos (cuadro núm. 2) que es en el grupo artesano, seguido del grupo de técnicos medios, del de empleados y del de campesinos familiares donde el tanto por ciento de mujeres es mayor, mientras que son minoría en los grupos de directores y técnicos superiores.

Si consideramos ahora la población estudiantil y vemos su distri-



CUADRO N.º 3 - AÑO 1970

	Hombres	%	Mujeres	%	Total	%
Preescolar	400,3	48,8	419,683	51,2	819,9	100
Primaria	1.970,0	50,1	1.959,5	49,9	3.929,5	100
Enseñanza Media	835,1	54,3	703,1	45,7	1.538,2	100
Formación Profesional						
Primer Grado	165,6	88,0	22,6	12,0	188,2	100
Formación Profesional						
Segundo Grado	120,8	66,1	62,1	33,9	182,9	100
Enseñanza Superior	159,8	72,9	59,2	27,1	219,0	100

Enseñanzas Medias incluye: Bachillerato general y Bachillerato laboral o técnico.

Formación Profesional Primer Grado incluye: Formación Profesional y Artes Aplicadas y Oficios Artísticos, Náutica Pesquera y Capacitación Agraria.

Formación Profesional Segundo Grado incluye: Magisterio, Comercio, Ayudantes Técnicos Sanitarios, Escuelas Técnicas grado medio, asistentes sociales, Escuela Puericultura, Escuelas Sociales, Turismo, Periodismo y Empresa.

Enseñanza Superior incluye: Enseñanza Universitaria, Enseñanza Técnica Superior y Enseñanza Artística Superior.

CUADRO 3-1

	Hombres	%	Mujeres	%	Total	%
Magisterio	20,6	43,5	26,9	56,5	47,5	100
Ayudante Téc. Sanitario ...	1,8	15,1	10,4	84,9	12,2	100
Conservatorio	13,5	32,7	27,9	67,3	41,4	100
Asistente Social	0,0	2,8	1,6	97,2	1,6	100
Turismo	1,6	44,3	2,0	55,7	3,6	100
Escuela Puericultura ...	0,1	5,0	2,0	95,0	2,1	100

CUADRO 3-2

	Hombres	%	Mujeres	%	Total	%
Filosofía y Letras	20,0	44,1	25,4	55,9	45,4	100
Bellas Artes	1,6	37,7	2,6	62,3	4,2	100
Farmacia	2,9	44,5	3,6	55,5	6,5	100
Escuelas Técnicas	43,3	97,2	1,2	2,8	44,5	100

Fuentes: Estadística de la Enseñanza en España, 1970-71.

PARA hacer un análisis sobre el trabajo de la mujer, creemos conveniente partir de la

Descripción general de la población

En 1970, la población española se distribuía según vemos en el cuadro núm. 1 y, analizándolo, nos encontramos que la población inactiva —estudiantes, «sus labores» y otros—, que dependen económicamente de la población considerada activa, suma el 62,9 por 100 de la población total. En un país como el nuestro, en período de desarrollo, resulta chocante, o cuando menos paradójico, que ni tan siquiera la mitad de la población contribuya de una manera «activa» a ese desarrollo. Esta anomalía, en lo que se refiere a la población estudiantil, podría tener no sólo una explicación, sino una justificación, teniendo en cuenta que, para que se pueda mantener o incrementar

el ritmo de crecimiento de una sociedad, es necesario que el número de estudiantes crezca (aunque desde este punto de vista parece que ese 20,4 de población estudiantil es un poco pobre), mientras que en lo que se refiere a la población encuadrada bajo el epígrafe de «sus labores» —25,6 por 100— su número parece francamente excesivo.

Si comparamos estos tantos por ciento con los de 1964, nos encontramos que mientras la población activa se ha mantenido prácticamente en las mismas cifras relativas, los estudiantes han aumentado en un 4,7 por 100 y que el grupo de «sus labores» ha disminuido únicamente en un 0,5 por 100. Esta casi inexistente disminución del grupo de «sus labores» nos hace pensar que para hacer un análisis somero del desarrollo de nuestro país no podemos tener únicamente en cuenta su desarrollo económico, sino, además, otros factores de tipo ideológico y político.

Distribuyendo la población según la variable sexo (cuadro núm. 1), nos encontramos que, a este nivel

DE LA MUJER EN ESPAÑA

ciento de hombres que cursan dichos estudios es mucho mayor que el de mujeres.

● En cuanto a la formación profesional de segundo grado, la proporción entre hombres y mujeres es menor, porque los estudios que comprende dicha formación profesional están íntimamente ligados, en algunos casos, al papel «sus labores» que la mujer desempeña en nuestra sociedad (cuadro número 3-1).

Equipo de Estudios

● Si pasamos a la enseñanza superior, el tanto por ciento de mujeres que acceden a este tipo de estudios es muy inferior al de los hombres, pero, además, los estudios que sigue el sector femenino se polarizan en Filosofía y Letras, Bellas Artes y Farmacia (cuadro número 3-2).

Al analizar el grupo de «sus labores», en el que no hay necesidad de ver la distribución hombres-mujeres, ya que todo él es femenino, nos podemos preguntar si su número, excesivo, no se explica por las diferencias constatadas en los activos y en los estudiantes a partir de una determinada edad. Esto nos llevaría a considerar que es precisamente este grupo de «sus labores» el núcleo que debemos te-

ner en cuenta para hacer un estudio sobre el trabajo de la mujer, ya que es ese tipo de actividad el que preferentemente desempeñan las mujeres.

En resumen

1. Las mujeres, en su mayoría, se encuadran en el grupo de «sus labores».

2. La población femenina estudiantil se polariza en estudios, co-

mo asistencia social, puericultura, etcétera, en los que repite roles que la sociedad ha instituido como marcadamente femeninos. Aun más: muchas mujeres que adquieren un título no llegan nunca a ejercerlo, pasando éstas en su mayoría a incrementar el número de mujeres del grupo «sus labores».

3. El grupo de mujeres que se incorporan a la actividad lo hacen preferentemente en la rama de artesanos (empresas familiares, sin asalariados), que pertenece a una etapa precapitalista del desarrollo económico, y cuyas labores no están muy alejadas de las funciones que a lo largo de la Historia ha desempeñado la mujer, o bien, a las ramas administrativas, u otras cercanas al carácter que la función

CUADRO N.º 2

	Hombres	%	Mujeres	%	Total	%
NO ASALARIADOS	Empresarios	330,3	83,9	63,4	16,1	393,7 100
	Artesanos	917,6	65,8	477,8	34,2	1.395,4 100
	Campe sinos fami- liares	1.765,0	72,1	683,4	27,9	2.448,4 100
	Profesiones il- iberales	43,9	84,1	8,3	15,9	52,2 100
ASALARIADOS	Directores	23,4	99,2	0,2	0,8	23,6 100
	Técnico superior ...	157,5	90,4	16,8	9,6	174,3 100
	Técnico medio ...	216,2	66,5	109,1	33,5	325,3 100
	Empleados	1.012,8	69,8	438,1	30,2	1.450,9 100
	Obreros calificados.	2.775,4	85,2	480,7	14,8	3.256,1 100
	Obreros sin ca- lificar	958,7	88,2	128,4	11,8	1.087,1 100
Obreros agrícolas.	926,0	90,0	103,4	10,0	1.029,4 100	

Fuentes: Encuesta población activa 1970.

«sus labores» tiene en el hogar: enfermeras, maestras, etcétera.

La conclusión a que nos lleva lo escrito hasta ahora se centraría en preguntarnos si el sexo es lo que determina la desigualdad entre hombre-mujer, como siempre se ha pensado en nuestra sociedad, o si existe algo más profundo que pueda explicarnos esa diferencia.

Vía de análisis: «Sus labores», el hogar y la familia

Es posible que la vía de análisis nos la pueda dar el tipo de trabajo femenino más característico en la mujer: «sus labores», ya que en este grupo se integran más de ocho millones y medio de mujeres (el 49,8 por 100 de la población femenina). Ningún hombre, al contestar al censo, se declara «sus labores». ¿Qué se esconde detrás de esta casi despreciada calificación? Por lo menos, dieciséis horas de trabajo diarias al servicio de la familia y sin retribución.

Intentemos ver qué sucede aplicando la variable familiar para explicar las diferencias que hemos observado hasta ahora. Para expresarlo de forma visualmente activa, vamos a seguir una generación de 100.000 hombres y de 100.000 mujeres, que suponemos nacen el mismo año. Como vemos por el cuadro número 4, a los diez años, y presumiblemente hasta los catorce, casi todos —niños y niñas— viven en el hogar y asisten a la escuela; a partir de este momento, en tanto que los hombres pasan de la escuela-hogar al trabajo-hogar, y, más tarde, del trabajo-hogar a otros, en las mujeres, el movimiento es de escuela-hogar a hogar solamente, y de trabajo-hogar a hogar sólo.

Las causas sociológicamente importantes que determinan estos cambios en las mujeres son el matrimonio y los hijos; es decir,



CUADRO N.º 1

Año 1970	%	Activos	%	Estu- diantes	%	Sus labores	%	Otros	%	
TOTAL (en miles)	33.845,8	100	12.491,6	37,1	6.877,8	20,4	8.599,3	25,6	5.677,3	16,9
HOMBRES	16.388,5	48,7	9.447,7	28,1	3.651,7	10,8	—	—	3.289,33	9,8
MUJERES	17.257,1	51,3	3.043,9	9,0	3.226,1	9,6	8.599,3	25,6	2.388,0	7,1

la variable «hogar», y en los hombres, el trabajo; es decir, la variable «trabajo», y sólo hay un número reducido de mujeres que, aunque en su mayoría tienen obligaciones hogareñas, su actividad primordial se encuadra en el sector activo.

La influencia del hogar no repercute sólo en las mujeres, sino también en los hombres, puesto que el «trabajo», como variable directa, esconde la posición en el hogar de «cabeza de familia», como la variable «hogar» en la mujer esconde algo mucho más concreto: «sus labores». Hay, pues, un papel distinto para el hombre y para la mujer en la estructura del hogar, en la estructura de la familia, y la desigualdad entre ellos que se nota en nuestra sociedad viene determinada por ese papel de «cabeza de familia» o de «sus labores» que hombre y mujer juegan en la estructura familiar. La excepción misma, ese pequeño grupo de mujeres que forman parte del sector activo, confirma la regla y su generalidad. Sólo cuando la mujer renuncia a su rol en la familia, bien se queda soltera voluntariamente, o asume el papel de cabeza de familia, o paga una asalariada que la sustituya en sus funciones, o se encuentra obligada a trabajar para ayudar con su salario al salario insuficiente del cabeza de familia, sólo así se sitúa la mujer en condiciones de optar por la «solución hombre». Pero aun en estos casos las diferencias marcadas por los distintos roles que la mujer y el hombre ocupan en la estructura familiar obliga a la soltera, a la madre sin hijos, a la viuda, a la que disfruta de una ayuda doméstica, a la mujer del obrero, a cumplir el papel de «sus labores» cuando vuelve a casa.

Ante todo esto, parece que no es el sexo la causa de la situación de desigualdad actual, sino que los distintos roles que dentro de la estructura familiar juegan el hombre y la mujer son los que determinan esa desigualdad entre ellos. Sin embargo, esto no nos explica por qué los hombres y las mujeres tienen asignados papeles distintos que cumplir en la familia. ¿Son únicamente el efecto de una causa, que se encuentra en la Historia misma

de la sociedad? Adentrémonos un poco en ella.

Formación de los roles masculino y femenino a lo largo de la Historia

En un momento determinado de la evolución animal, en la cima de la pirámide de esa misma evolución, aparece el hombre. Tanto si admitimos que la aparición del hombre ha puesto un salto cualitativo en esa evolución como si no, parece evidente que entre ese primer hombre o grupo de hombres y sus progenitores —los monos— no podía haber unas diferencias muy marcadas en sus formas de comportamiento.

El hombre casi mono todavía, y

la mujer casi mono realizarían unas funciones muy parecidas, a las que el macho y la hembra realizan en el reino animal. El hombre-mono sería el encargado del alimento y el cobijo, y la mujer-mono, de amamantar y cuidar de las crías. Las funciones de ambos, que aún podemos llamar trabajos, eran igualmente necesarias para la conservación y reproducción de la especie. Pero sea cual fuere la explicación, ya sea en forma de salto o por sucesivas evoluciones, llegó un momento en que el hombre se sintió capaz de algo más, adquirió algo que los animales y tenían y siguen sin tener: la inteligencia y la posibilidad de emplearla para dominar la Naturaleza y a los otros animales.

El hombre comenzó a trabajar, a inventar herramientas, a cultivar la tierra, a buscar nuevas zonas en las que la vida fuera más fácil; comenzó a relacionarse con otros

Hacia los veinte años, el porcentaje de mujeres que trabajan fuera del hogar es el más alto (47,5 por 100).



hombres. Se convirtió en el «homo faber», el inventor que quería dominar la Naturaleza y forjar un futuro, ya no estaba dispuesto a permanecer, como el animal, en los límites de su naturaleza, sino que su inteligencia le impulsaba a trascenderla; ya no se conformaba con alimentar y proteger a su compañera y a sus crías, sino que ante él aparecía una nueva dimensión (machista), un nuevo mundo lleno de posibilidades para el empleo cada vez más perfeccionado de sus capacidades intelectuales.

¿Qué hacían mientras tanto la mujer y sus crías? Así como para el hombre y el conjunto de ellos, la inteligencia supuso un sinnúmero de nuevas posibilidades, para la mujer no fue lo mismo. Ellas estaban obligadas a seguir cumpliendo las mismas funciones, para cuya realización no necesitaban el uso de su inteligencia. Parir y amamantar cada año, porque cuanto más creciese la tribu, más fuerte era ésta. Razón de peso para los machos.

Así pues, el hombre dio el «salto», y eso le supuso un progreso continuo en las actividades que ya tenía asignadas como cabeza de familia; la mujer también lo dio, pero el hecho de darlo no le añadió gran cosa a las tareas que ya tenía asignadas. Fue el hombre quien descubrió nuevas tierras, nuevos utensilios... y aunque es muy posible que la mujer le ayudara en todo ello, lo primordial para ella se centraba en la familia. Por tanto, la mujer se convirtió en el personaje secundón de la Historia, en virtud de una ideología.

a) Dejando los orígenes de esas relaciones desiguales entre el hombre y la mujer, nos podemos asomar a algo mucho más cercano y fácil de analizar: la familia artesana y la familia campesina, en las que las dos variables, «trabajo» y «sus labores» se realizaban en una misma unidad productiva: la familia.

En este período precapitalista, las distintas actividades que el hombre y la mujer cumplían eran el resultado de una división de funciones en la unidad de producción familiar: la mujer realiza lo que ahora se llama «sus labores», y el hombre ejercía ya el papel de cabeza de familia, pero ambos dentro de la misma unidad de producción.

En la familia artesana, las mujeres mantenían el orden en el hogar-taller, la disciplina en el trabajo, la administración de la economía; hacían funciones de enfermera y ejercían su autoridad sobre hijos y aprendices del hogar-taller, «sus labores», pues, estaban directamente enraizadas en el proceso de producción.

En el caso de las familias co-



La mujer forma parte del ejército de reserva que mantiene la economía de la sociedad industrial.

mercantes y campesinas, la actividad femenina era en gran parte productiva: despachar, vender, ordenar y aun tareas más rudas en el campo eran ejercidas por la mujer, quien no sólo freía los huevos, sino que cuidaba a las gallinas que los producían, atendía a las huertas familiares, tan importantes en una época de autoconsumo; confeccionaba los vestidos, etcétera...

Pero también entonces, cuando la mujer cumplía un papel muy importante en el proceso de producción, el que tenía la consideración social, el que resolvía los problemas de la comunidad, el único representante de la familia era el hombre, porque el hecho de que la mujer trabajara codo a codo con él no la liberaba de sus obligaciones continuas al frente del hogar. Mientras el hombre se sentaba con los demás hombres a solucionar problemas comunes, ellas se quedaban en casa realizando «sus labores».

b) Un nuevo salto cualitativo en la desigualdad, ya preexistente, se produjo a medida que se hacía el paso de un modo de producción familiar a un modo de producción capitalista, cuando apareció la fábrica y se fue hundiendo el taller, cuando los campesinos tuvieron que emigrar, cuando la casi totalidad de la producción fue para el mercado, y no para el autoconsumo; cuando se produjeron valores de cambio y no de uso.

Esta transformación en el modo de producción ha ido agudizando la desigualdad entre hombre y mujer.

Desde la familia precapitalista-artesana y campesina, en la que las dos variables, trabajo y «sus labores», se realizaban en una misma unidad productiva familiar, hasta la familia de nuestra era industrial, en la que el hogar ha ido dejando de ser la unidad de producción, la mujer aparece cada vez más reducida al papel de «sus labores», más apartada del quehacer social,

más dependiente del hombre, más confinada en el hogar. La función «sus labores», propias de la mujer, reducida y alterada en su contenido, está actualmente cada vez más alejada del trabajo de producción que durante el período precapitalista, cuando el hombre y mujer compartían lo que hoy queda asignado exclusivamente al hombre. Es el hombre quien sale cada mañana a trabajar, a vender su fuerza de trabajo por un salario, que le permitirá sobrevivir a él y su familia. Mientras que el trabajo de la mujer, «sus labores», aunque supone la misma cantidad de horas que el de su marido, y más (puesto que ella continúa trabajando después que su marido ha llegado a casa), no tiene un valor de cambio, ya que para una sociedad industrial su trabajo no es productivo, no se puede vender en el mercado, lo que en una sociedad capitalista equivale a decir: no tiene valor.

Pero además, el problema con el que nos encontramos no es sólo que la mujer, al cumplir la función «sus labores», «no trabaja», ni que su actividad, en consecuencia, no es retribuida, sino que el campo de esa misma actividad tiene cada vez menos contenido. Lo que aún no hace muchos años ella tenía que cosechar, que cocinar, que confeccionar, hoy, ante el mercado,

los platos hechos y los grandes almacenes, no tiene necesidad de hacerlo. Todo tiende a erosionar la función «sus labores» por el simple procedimiento capitalista de convertir su resultado en algo que se puede adquirir en el mercado. Si muchas mujeres mantienen viva esa actividad es porque no están preparadas para otro trabajo, o sí lo están, pero tienen hijos, se encuentran que es la sociedad la que no ha sido preparada para que ellas puedan dejar sus labores.

Pero la sociedad de consumo ha dado un nuevo contenido a las tareas femeninas. La organización y el control del sueldo que el hombre aporta ha convertido al ama de casa en «administradora»; este hecho ha producido un cambio en «sus labores»; ya la mujer no tiene que dedicarse tanto a coser, lavar, cocinar, etcétera, como a manejar «letras». Esto nos llevaría a plantearnos que el campo privativo de la mujer en nuestra sociedad se centra en el consumo y el gasto, y de esta forma la familia, como unidad de producción, ha dejado paso a la familia como unidad de consumo. Consumo de todo lo que sale al mercado, incluso de los nuevos productos que significan nuevos trabajos en casa: empapelar, entelar y limpiar con el último producto.

La mujer que trabaja

Hasta ahora hemos hablado de la actividad femenina, «sus labores», porque la mayoría de las mujeres se encuadran en dicha actividad. Pasemos, aunque sea brevemente, a analizar el reducido grupo de mujeres que se encuadran en la sociedad formando parte de la población. Hay dos motivaciones, cuando menos, que explican la incorporación creciente de la mujer al mercado de trabajo: por una parte, las necesidades económicas familiares, que en muchos casos no pueden ser solucionadas con el sueldo del cabeza de familia; por otra parte, ese futuro de frustración y de escasez de miras que brinda hoy a la mujer el cuidado del hogar, preocupación que alcanza preferentemente a la mujer universalitaria, pero que, poco a poco, se va extendiendo a otros niveles. ¿Pero qué ocurre cuando la mujer quiere incorporarse al mundo del trabajo?

Analizando el mercado de trabajo, nos encontramos que:

- La mujer forma parte del ejército de reserva que mantiene la economía capitalista para echar mano de él cuando lo necesita, ya sea en una coyuntura especial, como la guerra; ya sea cuando el desarrollo de esa economía da lugar a puestos de trabajo eventuales, o que el hombre no quiere desempeñar. Eso explicaría el incremento de la masa femenina en la agricultura y en los servicios (cuadro número 5).

- La mujer que quiere incorporarse al mercado de trabajo tropieza en general con la defensa de los que llegaron antes: los hombres.

- La falta de puestos de trabajo y el que, en principio, todos sean para los hombres, obliga a la mujer a admitir salarios menores (el salario femenino, en relación con el masculino, ante un mismo puesto de trabajo, es un 70 por 100 menor), a conformarse más fácilmente con situaciones de injusticia, a casi no formar parte de los movimientos reivindicativos, por-

CUADRO N.º 5 - ACTIVOS POR RAMAS DE ACTIVIDAD

AÑOS	1964				1970							
	Hombres	%	Mujeres	%	Total	%	Hombres	%	Mujeres	%	Total	%
Agricultura	3.254,8	80,3	799,9	19,7	4.054,7	100	2.801,8	78,0	789,4	22,0	3.591,2	100
Industria	3.301,6	80,5	798,1	19,5	4.099,7	100	3.802,5	82,5	806,8	17,5	4.609,3	100
Servicios	2.370,4	66,7	1.182,8	33,3	3.553,2	100	2.843,4	63,3	1.447,7	33,7	4.291,1	100

Fuentes: Encuesta población activa 1964-1970.

PLAYMATE THE MONTH



Mister fibart contra el hombre objeto

Hombre objeto. Mister Abart no es para ti.
Entérate de una vez, guapito.

Si quieres, fíjate un poco en quién lo usa. Activos,
cultivados, agresivos, en una palabra... auténticos líderes.

Mister Abart te declaró la guerra, hombre objeto.
Su suave y viril aroma no es para ti.

Mister Abart ¿Conoces?
Colonia, after shave,
desodorante, gel de baño,
jabón y crema de afeitar.



EL TRABAJO DE LA MUJER EN ESPAÑA

que ponen en juego su seguridad y, sobre todo, la de su familia. En una palabra, a mantenerse apartada en muchos casos de los intereses de esa población activa a la que pertenece.

● Los trabajos que preferentemente desempeña la mujer suelen ser aquellos que prolongan y perpetúan la función «sus labores», como ya hemos apuntado repetidamente.

● Si comparamos el número de mujeres que trabajan en España y en otros países, nos encontramos que la mujer española se ha incorporado en mucho menor número, debido a que la sociedad española y sus instituciones han mantenido una valoración de la función «sus labores» que no tiene nada que ver con las necesidades del país para su desarrollo económico. La actividad «sus labores»

millia, sigan rigiéndose por normas y comportamientos no acordes con el modo de producción dominante. El análisis de esta problemática escapa a las posibilidades del presente artículo.

Pero llega un momento, cuando los hijos se van haciendo mayores, en que la mayoría de las mujeres pueden liberarse de muchas de sus obligaciones, como amas de casa; ya no necesitan todas las horas del día para cocinar, lavar, coser, atender a los niños, etcétera; se encuentran con posibilidades de ocio. ¿Qué pueden hacer entonces? Hay mujeres que ocupan esas horas con nuevas obligaciones en el hogar: dar cera, empapelar, pintar... otras, las dedican a ir de tiendas, a buscar oportunidades en los almacenes... otras, a reunirse con las amigas, jugar a las cartas, ayudar en la parroquia... y una minoría intenta



CUADRO N.º 4

Año 1970	Activa	Estudiantes	Sus labores	Otros	
10 años	Hombres ...	5.700	87.000	—	7.300
	Mujeres ...	2.700	83.000	6.100	7.800
15 años	Hombres ...	63.200	28.500	—	8.300
	Mujeres ...	40.400	19.000	31.500	9.100
25 años	Hombres ...	84.800	4.500	—	10.700
	Mujeres ...	25.100	1.000	62.700	11.200
35 años	Hombres ...	98.500	—	—	1.500
	Mujeres ...	20.400	—	79.000	600
65 años	Hombres ...	42.400	—	—	57.600
	Mujeres ...	11.600	—	67.300	21.100
+ 70 años	Hombres ...	15.100	—	—	84.900
	Mujeres ...	4.200	—	63.200	32.600

Fuentes: Elaboración propia según tantos por ciento sacados de la encuesta población activa 1970-71.

de nuevo incorporarse a la vida activa, pero se encuentran con que su formación se ha quedado atrásada o insuficiente; por su edad o por su falta de práctica ya no encuentran puestos para ellas.

Hacia los veinte años, el tanto por ciento de mujeres que trabajan fuera del hogar es el más alto (47,5 por 100); este tanto por ciento disminuye progresivamente, y el número de mujeres que siguen trabajando activamente a los treinta y cuatro años es del 19 por 100, disminución que se puede explicar porque es en esos años cuando las ocupaciones familiares planteadas por los hijos, aún pequeños, reclaman la totalidad de las horas del día. A partir de los treinta y cinco años, la mujer se incorpora progresivamente a la vida activa, hasta llegar a un 23,9 por 100 a los cincuenta y dos años, tanto por ciento muy inferior al que veíamos a los veinte años, y que se explicaría por las razones antes apuntadas (cuadro número 7). En este cuadro

vemos cómo la mujer se va incorporando, cada día en mayor número, al mercado de trabajo, pero lo abandona en cuanto la función «sus labores» lo reclama; más aún: el número de mujeres que a partir de los treinta y cinco años vuelve a trabajar es mucho menor en 1970 que en 1964, si las ponemos en relación con las que trabajaban a los veinte años.

...

Como hemos visto a lo largo del presente artículo, hoy el trabajo que la mayoría de las mujeres españolas desempeñan es el de «sus labores», y es precisamente esta función, repetida a lo largo de la Historia, la que ha determinado su posición de desigualdad con respecto al hombre en el quehacer social. Esa función, «sus labores», se ha mantenido constante, y si la llegada de la era industrial ha significado un cambio total en el modo de producción, no ha significado ningún cambio en la dedicación casi exclusiva de la mujer a dicha actividad, a la que sigue aferrada, pese a lo pobre y recordada que en sí misma ha quedado al ser una actividad residual de una etapa anterior, y que hoy casi carece de sentido.

¿Cómo es esto posible? Quizá porque la sociedad industrial sigue viviendo de una ideología anterior a ella misma, que no ha sabido, no ha querido, o no ha podido cambiar, y que puede ayudar a terminar con ella. La sociedad actual necesita de la jerarquía, la autoridad, etcétera, que se mantiene y reproduce gracias, entre otras cosas, a que la mujer permanece en el hogar. ■ E. D. E.

CUADRO N.º 7 - CIFRAS RELATIVAS

Población Edad	Activa 1964	Activa 1970
20 - 24 ...	36,7	47,5
25 - 29 ...	21,1	25,1
30 - 34 ...	19,8	19,0
35 - 39 ...	19,7	20,4
40 - 44 ...	20,9	21,2
45 - 49 ...	22,4	22,2
50 - 54 ...	22,2	23,9
55 - 59 ...	21,1	21,1

Fuentes: Elaboración propia. Encuesta INE 1964 y 1970.

sigue valorándose como en la sociedad precapitalista, y la mujer sigue inmersa en esa función que la separa totalmente del mundo de hoy.

En último término, parece que la raíz de esta situación está en la familia y en las tareas que la mujer desarrolla dentro de ella, tareas y actividades que responden a esquemas económicos, políticos e ideológicos precapitalistas, y, en consecuencia, ni la familia, ni la mujer inmersa en ella, han evolucionado al mismo ritmo que la sociedad; de ahí que muchas instituciones, y entre ellas la fa-